

ALLENDE: UN SIMBOLO PARA LA HISTORIA

Enrique Tierno Galván. Fue Alcalde de Madrid y destacada figura del Partido Socialista Obrero Español.



Tuve ocasión de conversar con Allende en dos ocasiones, unos seis meses antes de su trágica muerte, cuando asistía en Chile, a un simposio o coloquio sobre la transición política. Me impresionó profundamente la serenidad del presidente, en momentos tan graves en que era ya evidente que el golpe militar se acercaba.

Allende era un hombre cultivado, reflexivo, que había llegado a un nivel muy alto en el proceso de la meditación sobre nuestro destino en el mundo. Esto siempre da serenidad. Pero había algo más que la serenidad que nace de la reflexión en la actitud del Presidente de Chile. Me pareció entonces y me inclino a confirmarlo ahora que aquella serena serenidad, si me permite esta expresión, procedía del convencimiento de que lo que había de ocurrir estaba ya determinado. En otras palabras, Allende sabía que su destino personal en relación con el destino histórico le habían designado como víctima y símbolo.

De haber querido hubiera podido hasta el último momento evadirse de la muerte, pero no quiso porque hacía ya tiempo que estaba convencido que su muerte era un elemen-

to más del destino implacable. Se quedó en Chile esperando desempeñar su papel de símbolo para la historia y ejemplo para los hombres.

De aquí sin duda su serenidad. Según los temperamentos y las inteligencias, los humanos se alzan contra el destino o aceptan el destino. En ambos casos el principio trágico se cumple, pues lo ineluctable está siempre presente más que como una amenaza, como un hecho que se está realizando antes de cumplirse.

Allende no se rebeló contra el destino, lo aceptó. Esta aceptación asentaba en un principio fundamental, la lealtad con el pueblo. Allende, un burgués de nacimiento y burgués por educación, mostró una lealtad hacia el pueblo trabajador como cualquier héroe nacido en las propias filas de los trabajadores manuales.

Esta lealtad con el pueblo se traduce en lealtad con la nación y con ciertos principios revolucionarios, pero el supuesto esencial que mantuvo a Allende sujeto al sillón de la presidencia, hasta que se produjo la cuartelada y cumpliendo con el destino se mató, fue la lealtad al pueblo.

Lealtad fundamental y aceptación del destino que le llevaron a esa extraña y superior serenidad que dejaba so-

Colaboración especial para el Archivo Salvador Allende.



Oscar Waiss, periodista socialista chileno saluda en Madrid a Enrique Tierno Galván, 1985.

brecogido a todos sus interlocutores. En mi caso ocurrió lo mismo. Allende me habló de la política chilena, de la situación gravísima y la proximidad del pronunciamiento como quien contempla los hechos desde lejos, como si en cierto modo fuera ajeno a ello. Esta misma trágica actitud impedía dar el paso decisivo y preguntarle qué sería de él. Daba vergüenza formular una pregunta así, a un hombre que no tenía necesidad de dar una respuesta explícita, pues por su propia serena actitud y el convencimiento de que había que llegar hasta el final se colocaba por encima de las pregun-

tas sobre su destino que él sabía que estaba ya trazado y definido. Quizá lo supiera desde la famosa entrevista con Fidel Castro en la que éste le obsequió con un rifle comprendiendo y viendo con anticipación cuál había de ser el final de esta noble e iluminante tragedia.

El ejemplo de Allende se escapa del común encuadramiento político y pide algo más, pide un genio superior que escribe la gran tragedia de nuestro tiempo: "La muerte de Allende".